

REVISTA DE LIBROS

David KIDD: *Historias de Pekín*. Prólogo de Manuel Ollé. Traducción de Marta Alcaraz. Libros del Asteroide, Barcelona, 2005, 215 páginas. ISBN: 84-934315-5-9.

Sobre este libro John Updike escribió: “Las historias de David Kidd resplandecen como obras de arte. Son miniaturas –sencillas, deliciosas, cómicas o melancólicas- que ilustran una catástrofe irreparable: la desaparición de una civilización milenaria y única”. Desde luego, este libro –aunque repleto de situaciones cómicas- produce una impresión de profunda tristeza y melancolía. A través de sus páginas asistimos a la desaparición irremediable de un mundo, el estilo de vida de la aristocracia de Pekín. Esta se ve ejemplificada por la familia Yu, en nada preparada para adaptarse a los cambios que el poder comunista iba a acarrear. De hecho, seguramente no entendía en absoluto lo que estaba pasando a su alrededor. Y, por cierto, uno puede pensar que lo mismo le ocurre a nuestro narrador. En ningún momento deja constancia de que se pare a reflexionar sobre las causas que podían motivar que el comunismo pareciera una idea atractiva para grandes masas de la población china. Es como si él también hubiera acabado encerrado a nivel intelectual entre los muros de la gran mansión en la que había acabado viviendo. De todas formas, hecha esta salvedad, no cuesta mucho simpatizar con él y con los miembros de su familia política. Podrían tener sus pequeños defectos, pero en ellos se percibe la educación y la entereza de ánimo que algunas veces provoca la riqueza. Su destino fue trágico y provoca nuestra compasión. Otra cosa es que echemos de menos el punto de vista de la servidumbre. De los criados sólo sabemos que “influidos por los comunistas, se volvieron vagos e insolentes” (p. 10), o en el caso particular de una sirvienta, que se vuelve muy grosera en cuanto empieza a ir al colegio

(p. 45). Es así como, entre otras cosas, preguntará a la esposa de nuestro protagonista por qué no trabaja. Y uno no puede evitar pensar que se trata de una pregunta bastante razonable.

Pero para que todo lo anterior se vuelva inteligible tenemos que contar “la trama” del libro. La historia es bien sencilla. En otoño de 1946 David Kidd, un estudiante norteamericano que todavía no había cumplido los veinte años, llega a Pekín como resultado de un intercambio académico. Allí permanecerá hasta 1950, y allí conocerá a Aimme, hija de una de las familias más antiguas y aristocráticas de la ciudad. Su padre había sido presidente del Tribunal Supremo de China. Pronto se casará con ella (en una ceremonia algo surrealista oficiada por un pastor de unas desconocidas Asambleas de Dios) y acabará viviendo en la gigantesca mansión familiar. Puesto que con los soldados comunistas acuartelados en el patio delantero de la casa la ostentación y el cultivo de las antiguas costumbres no parecía lo más adecuado, nada mejor que guardar las alfombras, las pinturas, las porcelanas y los tapices, y en su lugar hacerse con una máquina de tejer calcetines, instalarla en la sala principal, y esperar que los comunistas quedaran convencidos de que pretendían ganarse la vida adoptando la profesión de tejedores. Ante este episodio David Kidd se muestra extremadamente realista: no iban a engañar a nadie, “los Yu habrían tenido que suicidarse en bloque para ocultar que los habían educado en el arte de gastar dinero.” (p. 22). Y puestos a gastar dinero nada mejor que hacerlo en el funeral del patriarca de la familia. Allí David Kidd podrá contemplar a “la decadente aristocracia de Pekín: los ancianos con trajes de seda y esas elegantes barbas que sólo los chinos saben cuidar; sus esbeltos hijos de tez blanca y brillantina en el pelo; sus primeras esposas, sus segundas esposas, sus concubinas y sus queridas, todas con un ligero olor a sándalo, polvos y jabón.” (p. 28). Desde luego, si uno es varón, puede empezar a apreciar los encantos de la decadencia. Otra cosa,

claro está, es la situación de las mujeres. Por desgracia para los protagonistas de nuestra historia todo esto empieza a cambiar con el establecimiento de los comunistas en el poder. Nuevos impuestos, una vigilancia más o menos estricta que incomoda sus vidas, etc. En el nuevo Pekín no había lugar para la ostentación, para los burdeles (mucho más inocentes de lo que uno pensaría, al menos según se nos retratan en el libro) y, de hecho, ni siquiera para el agua de los estanques (como si en Pekín hubiera peligro de malaria) o para los perros domésticos. La explicación de David Kidd a este respecto es extremadamente interesante: “las autoridades comunistas sentían un odio tal por esos animales que habían sumido a la ciudad entera en una campaña anticanina. Los perros no eran productivos, decían, y se alimentaban de una comida que no se habían ganado, una comida que era fruto del esfuerzo y del sudor de ese dechado de virtudes que era el campesino chino. Estoy convencido de que, en realidad, si los comunistas odiaban a los perros era porque de un modo muy palpable el perro, que es leal a las personas y no a las ideas, encarnaba la última defensa del ciudadano contra el entrometimiento creciente de la policía, la comunidad y el Estado. Por eso los comunistas, además de exigir un permiso para tener perros, investigaban a sus dueños y los gravaban con más impuestos. ¿Cómo se podían permitir alimentar al perro?, les preguntaban. ¿No les daba vergüenza darle de comer mientras tantas personas se morían de hambre? ¿De dónde sacaban el dinero para mantenerlo? Y así hasta el infinito.” (p. 153). Después de este párrafo, una cosa le quedará clara al lector interesado en la historia de China. Los terribles estragos de la revolución cultural no surgieron de la nada, tenían sus raíces en los inicios mismos de la denominada “liberación”. Ante la situación que esta anécdota refleja tan bien, David Kidd y Aimee decidirán marcharse a Estados Unidos. Habrá que esperar a 1981 para que nuestro protagonista vuelva a Pekín y se reencuentre con su familia política. Como puede imaginarse, les había ido bastante mal: “Nunca había visto en mis

parientes aquella tristeza ni aquel comportamiento apocado; era como si la nueva China los hubiera apaleado y luego los hubiera oprimido durante tanto tiempo que habían olvidado quiénes habían sido.” (p. 205). Sólo en la última página del libro, ante el regalo que le hacen de un par de jarrones decorados con un motivo de flores de ciruelo nevadas, símbolo en la cultura china de la voluntad inquebrantable de superar la adversidad, percibe en su familia un aire orgulloso. Con esta nota, quizá de esperanza, acaba la obra. Una recomendación importante: quien disfrute con su lectura debiera hacerse inmediatamente con *City of Lingering Splendour. A Frank Account of Old Peking's Exotic Pleasures*, de John Blofeld (quien incidentalmente aparece en el libro de David Kidd).

Gerardo López Sastre

(Publicado en el *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, Año XLII, 2006, pp. 327-329)